

POR TIERRAS DE BRETAÑA

Beatriz MONREAL

A Brigitte Chevance.

Todos los países tienen, sin duda, corazón, El de Bretaña se llama Gouarec (Goareg) y es un pueblecito gris y recogido, con una primavera que se hace la remolona, pero que, cuando llega, consigue que el campo brille con tantas árgomas que parecen infinitos solecillos.

Quisieron los dioses o la Comunidad Europea que se produjera un intercambio escolar entre Gouarec y Rentería, entre el Lycée Nôtre Dame y el Instituto "K. Mitxelena"... y allí fui a aprender y a explicar entre chicos y chicas de caras pecosas y saludables, casi, casi, como los brioches blanditos y dulces de las pastelerías bretonas.

Hay pueblos remotos y escondidos que valoran mucho el contacto con los demás pueblos y saben que el conocimiento de diferentes lenguas les impide su aislamiento. Así, estos bretones que en otras épocas tejían en sus telares los lienzos de los barcos, hoy también se preparan, viajan y conocen otros países desde muy jóvenes quizás para elegir luego —por qué no— vivir entre sus bosques y su naturaleza tan mimada.

Cuesta trabajo encontrar Gouarec en el mapa, pero después de vivir entre sus gentes es imposible olvidarlo.

Antes de mi viaje muchas personas me decían: "Bretaña es como Galicia pero más bonito". Ahora pienso que acostumbrada a mi Cantábrico, lo que más me gustó de Galicia fueron sus tierras del interior y algo así me ha ocurrido con Bretaña. Y no es que Gouarec sea un pueblo de postal, no, a pesar de su calvario de San Gilles y de su iglesia. Ni tan siquiera es tan importante como su vecina Pontivy que, en épocas del Emperador, dio en llamarse Napoleonville. Ni mucho menos comparable a las grandes ciudades bretonas como Rennes o Saint Malo que huele a piratas y a ron... NO, Gouarec tiene la gracia de lo sencillo y, quizás, de lo humilde. Bien cuidado, gobernado por la Comunidad de las Madres Agustinas (Thérèse, Marie Nôelle, Margueritte, Marie Hélène, etc.), activas empresarias que mantienen un liceo y una residencia de ancianos. Las monjas tienen un oído extraordinario y cantan que da gloria oírles en una capilla recogida y templadita donde se puede estar muy a gusto un rato en silencio. Ellas tienen muy a gala la amistad con las vecinas, unas monjas españolas, casi todas navarras — cómo no— que cuidan de los internos en un hospital psiquiátrico en Plougarnevel. Allí las navarras con Micaela de Ibero, Marie Benoît de Pamplona o una de las más jóvenes, Juana Mari de "Amorena", de Elizondo tienen a sus espaldas una tarea muy importante y nada fácil como es



la de cuidar drogadictos y enfermos mentales, lo que no es de extrañar si se tiene en cuenta que pertenecen a la orden de San Juan de Dios. Pero las tareas de unas y otras no les impide ser muy amables y siempre encuentran un momento para agasajar a la visitante.

A Juana Mari de "Amorena" le brillaban los ojitos y se le hacía la boca agua cuando salió en la conversación la pastelería "Malcorra" de Elizondo o cuando hablábamos de paisanos conocidos. Sus carcajadas podían oírse a lo largo de aquel pueblo, un tanto fantasmal.

Esta zona del interior donde Bretaña tiene su corazón, se llama Argoat que significa algo así como "tierra de bosques". El Argoat es severo, profundo, impresiona a veces por su silencio, interrumpido únicamente por el canto de los pájaros. Es como si los "txatxangorris" se hubieran dado cita junto a las vacas que permanecen, impasibles, más aferradas al suelo que los dólmenes celtas.

Un paraje me ha sobrecogido en especial: una antigua abadía no lejos del canal Nantes-Brest. Una de las abadías

bretonas más importantes cuyo nombre, un tanto paradójico, Bon-Repos, no refleja los avatares sufridos desde su fundación en 1184.

Un 23 de Junio de aquel año, Alain, vizconde de Rohan, su esposa Constanza y su Hijo Alain redactaron el acta de fundación. Según la leyenda — que nunca falta — tras una azarosa cacería, el vizconde se adormeció en este valle, un "locus amoenus", y en sueños se le apareció la Virgen inspirándole la idea de fundar allí un lugar de reposo eterno. Así, Alain y Constanza llamaron a los monjes de Savigny y decidieron asegurarse su sepultura en "L'Abbatia de Bona-Requie".

Un bosque frondosísimo, Quénécan, protege la abadía (o lo que queda de ella) con su frescor. Mientras la contemplaba, un atardecer, se me ocurrieron estos versos que una profesora y amiga bretona, Andréé Petton, ha querido traducir a su ancestral lengua y que previamente me había lanzado el reto: "ahora tendrás que escribir tu viaje a Bretaña".

BON-REPOS

Cómo me estremecéis,
piedras del Bon-Repos
con vuestros siglos ahorcados
por la implacable hiedra.
Ruinas sobre ruinas
de solitaria abadía,
donde sólo se abren paso las horas sombrías
y el murmullo de lejanos rezos en el Blavet.

Alag a spont a sav ennon
ouzh ho kwelet
Mein an Diskuizh Mat !
Ho kantredon' mouget
gant an ihav dibuez
Dismantrañ bein a bein
An abati digenvez
lec'h en em sil
Toumac'h ar pedennou
Tremenet er Blaouez
Hag an eurvezhou leñval nemethen.